

# Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve guía heterodoxa

Eduardo Gudynas<sup>1</sup>

Hace más de treinta años, el economista brasileño Celso Furtado advertía que el desarrollo era un mito que se concentraba en “objetivos abstractos como son las inversiones, las exportaciones y el crecimiento”. Esas mismas metas se escuchan hoy en día en América Latina desde las más variadas tiendas políticas, dejando en claro que la cuestión del desarrollo sigue abierta. Furtado agregaba que el desarrollo económico, entendido como la idea que “los pueblos pobres podrán algún día disfrutar de las formas de vida de los actuales pueblos ricos” es “simplemente irrealizable” (Furtado, 1975). Esa idea fue utilizada, continúa Furtado, para “movilizar a los pueblos de la periferia y llevarlos a aceptar enormes sacrificios, para legitimar la destrucción de formas de cultura arcaicas, para explicar y hacer comprender la necesidad de destruir el medio físico, para justificar formas de dependencia que refuerzan el carácter predatorio del sistema productivo”. Esta dimensión de la problemática del desarrollo también persiste a inicios del siglo XXI.

Estas y otras alertas muestran que la discusión sobre el concepto de desarrollo, sus fines y medios, permanece en América Latina. Ese es el objetivo del presente texto. Seguidamente se revisarán algunas de las principales tendencias bajo las cuales se ha abordado la problemática del desarrollo y sus alternativas. No se pretende analizar exhaustivamente todas las posturas, sino aquellas que por diversas razones aparecen como las más destacadas en América Latina, y en especial cuando están vinculadas a la

---

1 Investigador en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), Montevideo, Uruguay ([www.ambiental.net](http://www.ambiental.net)); MSc en ecología social.

exploración de alternativas. Es también una revisión heterodoxa, ya que avanza hacia los fundamentos ideológicos del desarrollo.

### **La construcción de la idea de desarrollo**

Los sentidos usuales de la palabra desarrollo apuntan a los avances y progresos en el campo económico y social. En ese sentido, la Real Academia Española presenta al desarrollo como una acepción económica entendida como la “evolución progresiva de una economía hacia mejores niveles de vida”, mientras que, cuando se lo refiere a las personas, se lo define como progreso, bienestar, modernización, crecimiento económico, social, cultural o político. La palabra proviene de otros campos, y era usada asiduamente en la biología, por ejemplo, para referirse a las etapas de crecimiento y maduración de un ser vivo. En las ciencias sociales y la política, el desarrollo alude a un amplio abanico de asuntos académicos y prácticos; inclusive existen agencias que incluyen esa palabra en su denominación (como el Banco Interamericano de Desarrollo, BID).

El sentido convencional del desarrollo, y en particular la llamada “economía del desarrollo”, se popularizó inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Se delimitaron ideas, con su propio sustento teórico en la economía, y se las presentó como respuestas prácticas frente a desafíos como la pobreza y la distribución de la riqueza. Se distinguieron por un lado los países desarrollados, y por el otro, las naciones subdesarrolladas (entre ellas América Latina). Es usual citar el discurso del presidente Harry Truman, un 20 de enero de 1949, como ejemplo contundente de implantación de ese modelo, donde los países del sur “subdesarrollados” debían seguir los mismos pasos que las naciones industrializadas (Esteva, 1992). La idea del desarrollo quedó, por tanto, atada al crecimiento económico y en consecuencia, también quedaron subordinados los temas del bienestar humano, ya que se consideraba que la desigualdad y la pobreza se resolve-

rían esencialmente por medios económicos. Estas ideas tenían a su vez antecedentes en aportes como los de Michal Kalecki, John Maynard Keynes y Nicholas Kaldor, quienes defendían la visión del progreso. En tanto el apego al progreso ya estaba muy presente en América Latina desde el siglo XIX, las concepciones del desarrollo fácilmente tomaron su lugar para representar una pretendida evolución económica y social.

A mediados del siglo XX, las formulaciones del desarrollo ya eran casi indistinguibles de las del crecimiento económico y los dos términos se intercambiaban en más de una obra clave (por ejemplo, Lewis, 1976). Ese crecimiento seguiría una serie de etapas, planteadas por Rostow (1961), donde los rezagados debían inspirarse y repetir el ejemplo de las economías avanzadas. Para estos autores el tema central era el crecimiento económico y no la distribución, y desde ese tipo de posturas se cimentó la insistencia en apelar a indicadores como el Producto Bruto Interno, convirtiéndolo en una meta en sí mismo.

De esta manera, se consolida a mediados del siglo XX una visión del desarrollo como un proceso de evolución lineal, esencialmente económico, mediado por la apropiación de recursos naturales, guiado por diferentes versiones de eficiencia y rentabilidad económica, y orientado a emular el estilo de vida occidental (Bustelo, 1998; Unceta, 2009).

### **Alertas tempranas y la crítica dependentista**

Al poco tiempo de difundirse las ideas sobre el desarrollo comenzaron a aparecer las primeras críticas. En el espacio de las Naciones Unidas, la “Década del Desarrollo de las Naciones Unidas: Propuesta para la Acción” (1962), insistió en separar “desarrollo” de “crecimiento”, los aspectos cualitativos de los cuantitativos, ampliándolo a cuestiones sociales y culturales, y no solamente económicas.

En el espacio académico, entre 1965 y 1969, se lanzaron varios estudios críticos. E.J. Mishan publicó sus clásicos análisis que llamaban la atención sobre los “efectos de rebosamiento” del crecimiento económico, tales como el aumento de la urbanización, la migración o el incremento de automóviles (Mishan, 1983). Se sumaron otras alertas, como las de Galbraith (1992) sobre la opulencia, o el reconocimiento de Hirsch (1976) sobre los límites “sociales” al crecimiento.

Esas primeras alertas llegaron a América Latina, aunque en la región la atención estaba más enfocada en los debates promovidos por Raúl Prebisch. Su postura, conocida como estructuralismo, ponía el acento en la estructura heterogénea de las economías latinoamericanas, donde coexistían sectores más avanzados junto a otros atrasados y de subsistencia. Eran economías especializadas en exportar unos pocos productos primarios, con algunos enclaves modernos. Se generaban así relaciones asimétricas entre un centro, ocupado por los países industrializados, y una periferia constituida por los países en desarrollo (Rodríguez, 2006). Fue una postura muy influyente, explicando por ejemplo, las estrategias de sustitución de importaciones por una industrialización propia, e impuso una necesaria mirada internacional al desarrollo.

En años siguientes se dieron otros pasos bajo la llamada teoría de la dependencia. En este caso, la partida estaba en concebir que el subdesarrollo no es una fase previa al desarrollo, sino que es su *producto*, y en buena medida es el resultado del colonialismo y del imperialismo. El capitalismo, incluyendo las asimetrías en el comercio internacional, era la explicación de esa situación desigual, y en realidad actuaba como un freno para el progreso. El dependentismo se diversificó en varias perspectivas (Bustelo, 1998), de acuerdo a cómo interpretaban las condicionalidades internacionales o el papel de los contextos histórico-políticos locales (ejemplificadas por Gunder Frank, 1970; Furtado, 1964;

Cardoso y Faletto, 1969; entre otros). Mientras que la economía del desarrollo convencional no contemplaba adecuadamente las situaciones históricas ni las relaciones de poder, el dependentismo las llevaba al primer plano.

Si bien todas estas posturas heterodoxas criticaron ácidamente la marcha del desarrollo en su tiempo, de todas maneras repetían ideas básicas: como la importancia del crecimiento económico como expresión de progreso material. En general, otorgaban un gran papel a la industrialización, reclamaban mayor eficiencia en la apropiación de los recursos naturales, y los debates se centraban en cuestiones como la distribución de los supuestos beneficios, las asimetrías en las relaciones internacionales entre los países, la propiedad de los medios de producción, etc. No se ponía en discusión las ideas de “avance”, “atraso”, “modernización” o “progreso”, o la necesidad de aprovechar la riqueza ecológica de América Latina para nutrir ese crecimiento económico. Por estas razones, las propuestas de desarrollo alternativo mantenían en su núcleo central el progreso económico, y sus disputas se desenvolvían en el plano instrumental.

### **Ecología y límites del crecimiento**

Más o menos paralelamente a las discusiones alrededor de la dependencia, empiezan a surgir alertas ambientales hasta que en 1972, se presenta el reporte “Los límites del crecimiento” (Meadows et al., 1972), bajo pedido de los empresarios del Club de Roma al Massachusetts Institute of Technology (MIT). No era una evaluación del estado del ambiente, sino que su objetivo era analizar las tendencias globales de crecimiento (población mundial, industrialización, producción de alimentos y explotación de recursos naturales).

El informe cuestionó la idea central del desarrollo como crecimiento perpetuo. Al modelar las tendencias se encontró que se alcanzarían “los límites de su crecimiento en el curso de los

próximos cien años”, donde el “resultado más probable será un súbito e incontrolable descenso tanto de la población como de la capacidad industrial” (Ibíd. 1972). El informe era casi aséptico, no entraba en cuestiones geopolíticas pero dejaba en evidencia que las tendencias de aumento de la población, el incremento de la industrialización y la contaminación, y el consumo de recursos, chocarían contra límites planetarios. El crecimiento económico perpetuo era imposible.

En aquellos años, el impacto de esas conclusiones fue enorme. Se atacaba unos de los pilares de la economía del desarrollo convencional, y por ello el informe fue atacado desde todos los flancos, de derecha e izquierda. Se lo tildó desde ser neomalthusiano, de renegar el papel de la ciencia y la tecnología para generar alternativas a los recursos agotados o a los impactos generados, o ser una simple manifestación de desarrollismo burgués o imperialista.

Muchos intelectuales de izquierda latinoamericanos se sintieron cuestionados por “Los límites del crecimiento”. A su juicio, se estaban atacando aspectos que ellos consideraban positivos, como la modernización, el aprovechamiento de las riquezas ecológicas latinoamericanas, y la propia idea del crecimiento.

Varios de ellos organizaron una respuesta, que se presentó bajo el modelo alternativo *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano* en 1975, coordinado desde la Fundación Bariloche, y liderado por Amílcar O. Herrera. Es un modelo prospectivo de base normativa, donde se sostiene que los problemas “no son físicos sino sociopolíticos, y están basados en la desigual distribución del poder tanto internacional como dentro de los países”. Como solución se propuso “una sociedad básicamente socialista, basada en la igualdad y la plena participación de todos los seres humanos en las decisiones sociales”, donde se regularía

el consumo material y el crecimiento económico para hacerlos compatibles con el ambiente (Herrera, 1975).<sup>2</sup>

El modelo ofrece algunos avances, tales como rechazar el patrón de desarrollo de los países ricos, pero deja la preservación ambiental para una etapa posterior a lograr un nivel de vida aceptable para todos. Pero también propone alternativas cuestionables, como el uso extendido de la energía nuclear o ceder masivamente las áreas naturales a la agricultura, sin considerar los serios impactos en la biodiversidad que eso tendría. Es un informe que defiende el crecimiento económico por otros medios, y considera que sus impactos se pueden resolver tecnológicamente.

El caso de este modelo alternativo latinoamericano debe tenerse presente, ya que algunos elementos de esa perspectiva reaparecerán años después en algunos gobiernos progresistas.

### **Deconstrucción, matices y diversificación**

En paralelo a los debates sobre los límites ecológicos del crecimiento económico, se sumaron otros cuestionamientos que intentaban reformular los aspectos económicos y sociales del desarrollo. En ese conjunto puede destacarse, por ejemplo, la “Declaración de Cocoyoc” liderada por Barbara Ward (UNEP/UNCTAD, 1974), donde se insiste en que hay una diversidad de vías para el desarrollo, y su propósito es mejorar la distribución de la riqueza y la satisfacción de las necesidades básicas. En la misma línea, la propuesta de “otro desarrollo” (1975), promovida por la Fundación Dag Hammarskjöld de Suecia, insistió en separar el desarrollo del crecimiento, apuntando a la satisfacción de las necesidades y la erradicación de la pobreza, sumándole atributos a este “otro desarrollo” de endogeneidad (definida al interior de cada sociedad) y autonomía. Discusiones como esas,

---

2 Es oportuno precisar que las ideas de Celso Furtado citadas en la introducción también eran una crítica a los límites ambientales del crecimiento.

inicialmente contestarias, fueron aceptadas y alimentaron el lanzamiento del Índice de Desarrollo Humano en 1990. En su primera versión, se inspiró en los aportes de Amartya Sen sobre las “capacidades”, donde el bienestar se debía enfocar en especial en las potencialidades y en el hacer.

Estas posturas tuvieron su influencia y se las potenció en América Latina. El aporte más importante fue la popularización del “desarrollo a escala humana” del economista chileno Manfred Max-Neef. Éste se basaba en tres postulados centrales: el desarrollo se enfoca en las personas y no en los objetos, distingue satisfactores de necesidades, y la pobreza es un concepto plural que depende de las necesidades insatisfechas (Max-Neef et al., 1993).

Otros analistas de los años 1980 optaron por repensar el desarrollo desde la autosuficiencia, con las capacidades y recursos propios, siguiendo a Johan Galtung (1985). Bajo esta autosuficiencia se debían aprovechar localmente los efectos positivos, y no se permitía transferir las externalidades negativas. Algunos de estos aspectos reaparecen bajo el término “desarrollo endógeno”, aunque es una corriente que ha tenido un alcance limitado en nuestro continente (hoy visibles en el rescate de prácticas agropecuarias campesinas, por ejemplo, bajo la Red COMPAS). El rótulo también ha sido invocado genéricamente por el gobierno de Hugo Chávez, como en la promoción de mercados de alimentos locales, por ejemplo.

Finalmente, es necesario tener presente que desde fines de los años 1990 se cristalizan los cuestionamientos promovidos desde la economía ecológica. Esta es una corriente amplia y diversificada, desde donde se lanzaron sucesivas críticas a la obsesión con el crecimiento económico. El economista Herman Daly fue un protagonista importante en esos debates, y muchos de sus textos circularon en castellano (Daly y Cobb, 1993).



## **Surgimiento y diversificación del desarrollo sostenible**

El debate sobre ambiente y desarrollo de la década de 1970 evolucionó en los años siguientes, hasta que a inicios de la década de 1980 aparecen las primeras versiones del “desarrollo sostenible”.

La calificación de “sostenible” provenía de la biología de las poblaciones, entendida como la posibilidad de extraer o cosechar recursos renovables mientras se lo hiciera dentro de sus tasas de renovación y reproducción. A su vez, esa extracción debía estar directamente orientada a satisfacer las necesidades humanas y asegurar la calidad de vida, metas distintas al simple crecimiento. Una aproximación de este tipo apareció en 1980 en la primera “Estrategia Mundial para la Conservación” (UICN, PNUMA y WWF, 1981). Ese informe sostiene que la incorporación de la dimensión ambiental no es posible bajo el marco conceptual del desarrollo convencional, y una redefinición del concepto en su esencia se hace necesaria.

Un siguiente paso tuvo lugar con la Comisión Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo (CMMAD), convocada por las Naciones Unidas. Su informe final, “Nuestro Futuro Común”, ofrece lo que es posiblemente la definición más citada de desarrollo sostenible. Si bien casi siempre se la cita como un compromiso con las generaciones futuras, su texto completo es más largo y complejo (CMMAD, 1988), y debe ser analizado.

En primer lugar, se postula un desarrollo orientado a la satisfacción de las necesidades humanas, en consonancia con algunas posturas alternativas de aquellos años, y se lo extiende en un compromiso con las generaciones futuras. En segundo lugar, se admite la existencia de límites, con lo cual hay un acercamiento a la línea de pensamiento iniciada por el informe al Club de Roma, pero enseguida se los diferencia entre aquellos que son rígidos (por ejemplo, los que son propios de los ecosistemas), y otros que son flexibles en tanto responden a los propios seres humanos (en el caso de las tecnologías o la organización social). Finalmente, la

definición se cierra con un giro conciliador: el desarrollo sostenible debe orientarse al crecimiento económico. De esta manera, la vieja oposición entre crecimiento y conservación, ecología y economía, desaparece. Se vuelve a sostener que el desarrollo implica crecimiento económico, y para lograr eso, la conservación de los recursos naturales pasa a ser una condición necesaria. Lo que antes estaban opuestos ahora pasan a estar mutuamente condicionados.

La conceptualización de sustentabilidad de este informe es polisémico: se ofrecen distintos significados, y que en caso de ser tomados en forma aislada, derivan hacia posturas del desarrollo muy diferentes. Por esta razón se ha indicado que esa definición conlleva contradicciones en sus propios términos, pero en el sentido estricto no es un oxímoron, ya que lo importante es cómo se articulan esos componentes en el conjunto de la definición. En la CMMAD hay una lógica interna, que comienza por su particular entendimiento de los límites y permite articular los componentes entre sí. La misma lógica se repetiría pocos años después con la versión latinoamericana de ese mismo informe, “Nuestra Propia Agenda” (CDMAALC, 1990).

De todos modos, esa economización de la sustentabilidad fue resistida desde varios frentes. Por ejemplo, la segunda “Estrategia Mundial para la Conservación”, elaborada en 1991, abordó sin ambigüedades las limitaciones del informe Brundtland. Se advierte que “crecimiento sostenible” es un “término contradictorio: nada físico puede crecer indefinidamente”. Como respuesta ofrecen una nueva definición de sostenibilidad, más breve y con un sentido ecológico más preciso, “mejorar la calidad de la vida humana sin rebasar la capacidad de carga de los ecosistemas que la sustentan”, y ofrece avances sustantivos en otros frentes, en particular un reclamo por cambios en la ética (UICN, PNUMA y WWF, 1991).

Pero más allá de ese debate, la polisemia del desarrollo sostenible permitió que fuese usado de múltiples maneras, desde campañas publicitarias hasta denuncias contra el capitalismo. El éxito alcanzado fue tal que la palabra “sustentabilidad” se independizó de sus raíces en la ecología, quedando teñida de una pátina desarrollista, y ahora se la puede ver en usos insólitos, como la “sustentabilidad social” o el “crecimiento económico sostenido”.

### **Retrocesos y resistencias**

Al finalizar la década de 1980, la caída del socialismo real en Europa del Este, deslegitimó las opciones mencionadas anteriormente como alternativas. Simultáneamente, en América Latina comienzan a consolidarse las perspectivas neoliberales y neoconservadoras. Son los años de prominencia de las reformas de mercado, del Consenso de Washington y de las privatizaciones, por lo que el horizonte de las alternativas se contrae. Esas ideas se difundieron en todo el continente, con el apoyo de élites locales y la adhesión de centros académicos. La discusión sobre el desarrollo perdía sentido, en tanto se asumía que el mercado generaría más o menos espontáneamente la marcha del desarrollo; la planificación y la intervención no tenían sentido, y además eran peligrosas.

El impacto neoliberal fue tan fuerte que incluso las posturas heterodoxas se debieron ajustar y adaptar. Un ejemplo fue la propuesta de Transformación Productiva con Equidad (TPE) promovida por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) a inicios de los 1990. La TPE es parte del neoestructuralismo, que desde una revisión de las ideas prebischianas, defiende el papel del Estado y rechaza la rigidez neoliberal. Se reclaman flexibilidades en las políticas fiscales y monetarias, se concibe a la competitividad como un proceso sistémico, se repite la importancia de la industrialización, y se persigue una inserción externa exportadora.

Pero un examen más atento de la TPE muestra que de todas maneras sigue enfocada en promover el crecimiento. Si bien resiste el fundamentalismo neoliberal, por otro lado apoya la expansión del mercado a los campos sociales y ambientales (defendiendo el Capital Natural y el Capital Social). Es, por otro lado, una postura funcional a la globalización (bajo la propuesta de “regionalismo abierto”), donde se ignoran o minimizan los contextos sociales y políticos del desarrollo (rompiendo con uno de los mensajes clave del dependientismo). Es sobre todo una postura tecnocrática que antes que un desarrollo alternativo, apoya el crecimiento regulado y globalizado.

En esos años, otras posturas lograron mantener las miradas alternativas, y se deben mencionar tres casos, distintos entre sí, pero que reflejan esa vitalidad. Comencemos por la crítica al desarrollo desde una mirada feminista.<sup>3</sup> En el contexto latinoamericano, distintos aportes se han centrado en recuperar el papel de las mujeres en las economías nacionales, pero no todos implicaban una revisión crítica al desarrollo. En cambio, las posturas que cuestionaron el sesgo androcéntrico recuperaron aportes invisibilizados de las mujeres, particularmente la economía del cuidado y otros aspectos de la economía no mercantil (Carrasco, 2006), y que en el caso del ecofeminismo, desembocaron en cuestionamientos radicales al desarrollo (ver los inspirados en Merchant, 1989).

La escuela de regulación, promovida inicialmente por economistas franceses, logró alguna influencia en América Latina, con los aportes académicos y la militancia, por ejemplo, de Alain Lipietz (1997).

En América Latina, desde fines de la década de 1990, comenzaron a ganar receptividad las discusiones sobre la “desmateria-

---

3 El eje feminista se analiza en más detalle en el capítulo, “Pensar desde el feminismo: Críticas y alternativas al desarrollo”, en el presente libro.

lización” del desarrollo, en el sentido de reducir sustancialmente el consumo de materia y energía, y reorientar las economías a atender las necesidades humanas. Los modelos más conocidos, como los del llamado “Factor 10” o los de “Europa Sostenible” del Instituto Wuppertal por el Clima, en Alemania, alentaron el trabajo de organizaciones ciudadanas y algunos académicos.<sup>4</sup> Varios de esos elementos han sido retomados en las actuales discusiones sobre el postextractivismo en los países andinos.

### **Giro a la izquierda y contradicciones**

En América Latina tuvo lugar un retroceso político a las reformas neoliberales de mercado, cuya expresión política ha sido la instalación de gobiernos que se autodefinen como izquierda o progresistas, a partir de 1999.<sup>5</sup> Este giro fue por un lado producto de varios procesos, entre ellos, duros cuestionamientos y reacciones frente a las estrategias neoliberales, y por otro lado, una ampliación en los debates sobre el desarrollo.

De esta manera se detuvo la ola de reformas neoliberales y se implantaron distintas regulaciones y controles; se iniciaron distintos procesos de fortalecimiento del Estado, incluyendo un regreso de empresas estatales, y se ejecutaron planes más enérgi-

---

4 Ejemplos de esto han sido el programa Cono Sur Sustentable que reunió a varias ONGs del cono sur; y por el otro lado el programa Sustentabilidad 2025 promovido por CLAES, donde se desplegaban estrategias desde las opciones fuerte y superfuerte de la sostenibilidad al año 2025.

5 Este conjunto incluye a las administraciones de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil, Rafael Correa en Ecuador, Tabaré Vázquez y José Mujica en Uruguay, y Hugo Chávez en Venezuela. Algunos suman a este conjunto a las pasadas administraciones de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet en Chile, y con mayores limitaciones a Fernando Lugo en Paraguay. Finalmente, la nueva administración de Ollanta Humala en Perú seguramente será parte de este grupo.

cos y más extendidos para combatir la pobreza. El contexto del debate sobre el desarrollo cambió sustancialmente.

Pero de todas maneras, el conjunto de gobiernos progresistas es muy diverso, y por lo tanto, se pueden encontrar distintos énfasis en las medidas que van desde el extremo control sobre el cambio de monedas y la comercialización de productos básicos, como sucede en Venezuela, a posturas económicamente más ortodoxas, como las llevadas adelante en Brasil o Uruguay.

En los contextos boliviano, ecuatoriano y venezolano, se intensificó la crítica al capitalismo en sentido amplio, y aparecieron propuestas para construir un “socialismo del siglo XXI”. Entre los más conocidos teóricos del socialismo del siglo XXI están posiblemente A. Borón (2008), H. Dieterich (1996) y J.C. Monedero (2008). Cada uno de estos autores elabora, a su modo, muy detalladas críticas al neoliberalismo, en particular, y al capitalismo en general. Todos apuntan a regular o limitar el papel del capital, y otorgan papeles sustantivos al Estado. Pero más allá de esas críticas, sus abordajes muestran varias limitaciones, estando ausentes discusiones sustantivas sobre temas como el ambiente o la interculturalidad, de forma incluyente con los pueblos indígenas.

En cambio, en los otros países la situación es diferente. Por ejemplo, en Argentina se conforma poco a poco una suerte de desarrollo “nacional y popular” que repite el llamado al crecimiento y las exportaciones, aunque con un fuerte protagonismo estatal entendido al servicio de los sectores populares. En el caso brasileño, el “novo desenvolvimento” es todavía más moderado; postula un mayor papel del Estado, pero aclara que debe ser funcional al mercado, rechaza el neoliberalismo, pero también se aparta de lo que llama la “vieja izquierda populista”, y finalmente, con toda sinceridad, se declara liberal (Bresser Pereira, 2007).

En ambos países, estos abordajes teóricos son muy diversos, pero en el contexto del presente análisis, lo que debe subrayarse es que no ponen en discusión la racionalidad del desarrollo como

crecimiento, el papel de las exportaciones o de las inversiones, o la mediación en la apropiación de la Naturaleza. De la misma manera, las cuestiones sociales son enfocadas en problemas como la pobreza, pero no aparece una mirada intercultural. En general, lo que se discute con ahínco es la instrumentalización del pretendido progreso, el papel del Estado en ella (sea regulando, o llevándolo a la práctica directamente por medio de empresas estatales, por ejemplo), y la forma de distribuir los excedentes captados. Se cae en estrategias funcionales y un cierto tipo de populismo, aunque éste es reconceptualizado en un sentido positivo y movilizador, donde las relaciones con el empresariado son variadas (un apoyo generalizado en Brasil, pero condicionado en Argentina).

En el caso de las prácticas concretas de los gobiernos progresistas, y sus planes de acción, la situación se hace todavía más compleja. Algunos se manejan dentro de la ortodoxia macroeconómica (fue el caso de las administraciones de Lula da Silva o Tabaré Vázquez), y otros intentan intervenciones mayores, como es el caso venezolano. Pero *todos* defienden el crecimiento económico como sinónimo de desarrollo, y conciben que éste se logra aumentando las exportaciones y maximizando las inversiones. Esos son justamente los componentes claves del “mito” del desarrollo destacados en la alerta de Celso Furtado. La idea del desarrollo propia de las décadas de 1960 y 1970, reaparece bajo un nuevo ropaje.

Esta circunstancia explica el fuerte apoyo de los gobiernos progresistas a los sectores extractivos, tales como la minería o hidrocarburos, en tanto son medios para lograr ese “crecimiento” por medio de exportaciones. Se ha generado así un neoextractivismo progresista (Gudynas, 2009b), que muestra diferencias importantes con las anteriores estrategias propias de gobiernos conservadores, basadas en la transnacionalización y la subordinación del Estado, pero que de todos modos repite esa apropiación masiva de la Naturaleza, las economías de enclave y una inserción global

subordinada. Los gobiernos progresistas otorgan un mayor papel al Estado en esos sectores, sea bajo empresas nacionales o con regalías y tributos más altos; y presentan la recolección de esos fondos como un componente esencial para financiar los planes de asistencia social y reducción de la pobreza. De esa manera, el extractivismo progresista cierra un vínculo de nuevo tipo, que promueve y legitima proyectos mineros o petroleros como necesarios para sostener planes de ayuda, tales como distintos bonos o pagos en dinero a los sectores más pobres.

El empuje extractivista es tan intenso que, por ejemplo, la administración de Correa busca que Ecuador ingrese a la megaminería a cielo abierto, y en Uruguay, un país tradicionalmente agrícola ganadero, el presidente Mujica defiende como una de sus principales metas comenzar la megaminería de hierro.

Pero en especial, todos se resisten frente a los impactos sociales y ambientales del extractivismo. Al carecer de respuestas efectivas, las protestas debido a los impactos sociales y ambientales recrudecen. Un ejemplo reciente lo ofrece la protesta indígena por la afectación del Territorio Indígena y Parque Nacional Isoboro Sécore (TIPNIS) en Bolivia, rechazada por el gobierno de Evo Morales, que invocó la necesidad de promover la explotación minera y petrolera, para desde allí financiar los bonos de asistencia social.<sup>6</sup>

---

6 El vicepresidente Álvaro García Linera rechazó las demandas indígenas debido a que implicarían la paralización de las actividades hidrocarburíferas, y que con ello “buscan que se suspenda el pago de la renta de la dignidad a 600.000 ancianos que reciben 200 bolivianos cada mes, al igual que el bono Juancito Pinto para 1,8 millones de estudiantes, una vez que ambos programas son financiados con las exportaciones de hidrocarburos”. De esta manera se genera una suerte de chantaje, donde todo extractivismo debe ser aceptado y es legitimado en términos de combate a la pobreza. Declaraciones en *Página Siete*, 20 de septiembre, 2011, La Paz.



Bajo el neoextractivismo hay importantes reconfiguraciones en los debates sobre el desarrollo. Mientras que en el pasado se asociaban las economías de enclave con la dependencia comercial y la transnacionalización, ahora se las defiende como éxito exportador; mientras que años atrás se reclamaba abandonar el extractivismo para promover la industrialización nacional, hoy en día se festejan los récords de exportaciones de materias primas. La subordinación comercial a las empresas transnacionales y la globalización, y con ello, a toda la gobernanza mundial, dejan de estar en las fronteras de la críticas, y son aceptadas. Si bien el extractivismo se aleja de la justicia social por sus altos impactos sociales y ambientales, los gobiernos de izquierda intentan regresar a ella a través de medidas de redistribución económica, y en especial por el pago de bonos. Pero ésa es una justicia esencialmente económica, y muy instrumentalizada, y que se parece mucho a la caridad y la benevolencia.

Se minimizan o niegan los impactos ambientales, y se intenta sofocar las protestas ciudadanas. Una y otra vez resurge el mito de una región repleta de enormes riquezas –sin límites ambientales– y que por lo tanto no pueden ser desperdiciadas, y deben ser aprovechadas con intensidad y eficiencia.<sup>7</sup>

Se genera una curiosa situación, donde la “alternativa” progresista de desarrollo es sin duda un cambio frente al reduccionismo mercantil, pero es también convencional en relación a muchas de las ideas clásicas de desarrollo. En parte se parece a los planes tradicionales de la década de 1960, con una apelación de desarrollo nacional, aunque sin el acento en la industrialización propia por la substitución de importaciones. Las acciones para combatir

---

7 Un ejemplo son las invocaciones del presidente Rafael Correa a “no ser mendigos sentados sobre un saco de oro”, aludiendo a que sería una tontería o irresponsabilidad no aprovechar esa riqueza, y con ese discurso promueve la minería a cielo abierto. Declaraciones en *El Universo*, 16 de enero, 2009, Quito.

la pobreza son más enérgicas, pero el sistema está abierto a las importaciones de bienes de consumo y se mantienen los procedimientos convencionales de apropiación y comercialización de recursos naturales. Estos y otros factores hacen que ya no sea posible discutir ni las metas de inversión ni las de exportación, y solo se podrá debatir sobre cómo se usarán los excedentes captados por el Estado. El presidente uruguayo, José Mujica, lo dice claramente: “Necesitamos inversión de afuera”, y no debe haber polémicas sobre esto ya que ese capital es indispensable, y “después, con lo logros de la inversión, con los impuestos que deja y los márgenes de ganancia, podemos discutir si lo estamos gastando mal o bien, eso sí”.<sup>8</sup>

Este es un estilo de desarrollo que acepta las condiciones del capitalismo actual, donde el Estado debe reducir o compensar algunas de sus aristas negativas. Este es un “capitalismo benévolo” que apunta sobre todo a lidiar con la pobreza y la desigualdad con rectificaciones y compensaciones (Gudynas, 2010a).

Esta situación está comenzando a crujir en varios sitios, al sumarse los impactos sociales y ambientales de esas estrategias, y al agotarse la efectividad de las compensaciones económicas. Esto redobla los debates sobre la esencia del desarrollo, y explica la reciente atención a visiones más independientes y críticas sobre el desempeño de los gobiernos progresistas.

### **Una discusión persistente, diálogos intermitentes y cooptaciones**

Los ejemplos que se brindaron en este texto muestran que la discusión, críticas y alternativas sobre el desarrollo tienen una larga historia, y en buena parte, los latinoamericanos han intervenido con intensidad en ella. Esquemáticamente pueden divi-

---

8 *El Observador*, 12 de febrero, 2010, Montevideo.

dirse en dos grupos: por un lado, las discusiones internas a las disciplinas enfocadas en el desarrollo, y por el otro, los cuestionamientos de origen externo. Entre las primeras se encuentran, por ejemplo, las discusiones entre neoclásicos y marxistas, o entre quienes defendían el mercado o reclamaban la presencia del Estado para encauzar el desarrollo. En cambio, muchos de los cuestionamientos más duros son externos, en tanto proceden de disciplinas o actores que no son parte de la economía del desarrollo, como fue el caso de las advertencias sobre los “límites” sociales y ambientales.

De todos modos, estas discusiones tendieron a discurrir por compartimientos estancos; los economistas del desarrollo no eran muy proclives a escuchar a otras disciplinas. En cambio, sociólogos, antropólogos, ambientalistas, etc., redoblaban su interés en las cuestiones del desarrollo, y junto a ellos distintas organizaciones sociales. Los debates por momentos se incrementaban, alcanzando alta intensidad, pero luego decaían, para reaparecer en otros términos años después.

A su vez, las promesas del desarrollo en general no se cumplieron. Los proyectos gubernamentales pocas veces fructificaban, los planes de instituciones como el Banco Mundial o el BID, tampoco eran exitosos; en unos y otros casos, era común registrar retrocesos, impactos sociales y ambientales. Se han acumulado centenas de casos, estudios y denuncias sobre esta problemática, dejando en claro que lo que ha prevalecido en estas décadas es en un “maldesarrollo” (en el sentido de Tortosa, 2011).

De esta manera, el desarrollo es todavía un sueño anhelado pero también combatido: una idea que se despliega, para enseguida recibir críticas y cuestionamientos, se adapta, y se reconfigura bajo una nueva versión que se presenta como superación de la anterior, pero que vuelve a sumirse en la crisis al poco tiempo.

La muerte del desarrollo ha sido anunciada repetidamente, desde la década de 1980. En el influyente *Diccionario del Desarrollo*

llo, Wolfgang Sachs (1992) afirmó que la era del desarrollo llegaba a su fin y que era el momento de escribir su partida de defunción; Gustavo Esteva (1992) dio unos pasos más, reclamando abandonar esa idea. A lo largo de la década de 1990 parecía que esto estaba a punto de suceder, no solo por las críticas que venían de la izquierda sino porque el énfasis antineoliberal hacía que la temática del desarrollo fuese casi irrelevante.

Pero la idea del desarrollo es muy resistente. Así como amplios sectores de la sociedad civil lo criticaban, también había otros que reclamaban el acceso al desarrollo, o incluso más desarrollo. Cada nueva versión desarrollista –siendo el neoextractivismo su más reciente expresión– sirve para mantener vivo ese sueño.

### **La ideología del progreso**

Esta notable resistencia de la idea del desarrollo, ha sido interpretada de varias maneras, tales como un mito o una religión (Rist, 2006). En cambio, en este texto se postula que, al menos desde la evidencia latinoamericana, es más apropiado apelar a la idea de ideología. Es más, se considera que las ideas actuales del desarrollo son la expresión contemporánea de la ideología del progreso.

La categoría ideología es aquí entendida en un sentido relacional, brindando una base de organización para las creencias, subjetividades y valores de los individuos con lo que se genera y reproduce un cierto orden social en sus múltiples dimensiones, desde lo individual a lo institucional (Eagleton, 1991). Esta base ideológica explica el apego irracional y emotivo, donde las alertas o las contradicciones son ignoradas o rechazadas continuamente.

La idea del progreso ha estado presente por siglos, y se encuentra detrás de casi todos los ejemplos presentados arriba (Nisbet, 1981; Burns, 1990). En América Latina esto es particularmente evidente en el campo ambiental. Corrientes de pensamiento muy diverso, desde los dependentistas y marxistas de los años 1960, los neoliberales de los 1980, al progresismo reciente, rechazan la

existencia de límites ecológicos al crecimiento perpetuo, minimizan los impactos ambientales, o consideran que estos pueden ser compensados económicamente, y perciben que su mandato es alimentar el progreso.

Al reconocerse que el desarrollo tiene una base ideológica, queda claro que la formulación de alternativas deberá poner esto en discusión. Herramientas convencionales, como la economía, solo pueden discurrir en el primer nivel, y tienen enormes dificultades para avanzar en el sustrato ideológico. Es necesario, por lo tanto, apelar a otro tipo de cuestionamiento.

### **La crítica del posdesarrollo**

El abordaje al desarrollo en su esencia, incluyendo su base ideológica, se cristalizó a fines de los años 1980, en la postura que fue conocida como “posdesarrollo”. En su conformación tuvieron un papel importante varios latinoamericanos, destacándose las figuras del mexicano Gustavo Esteva (1992) y el colombiano Arturo Escobar (1992, 2005).

Esta corriente entendió que el desarrollo se había expandido hasta convertirse en una forma de pensar y sentir. Su abordaje es postestructuralista, en un sentido foucaultiano; en otras palabras, se cuestiona un discurso, incluyendo las ideas y conceptos organizados, pero también la institucionalidad y las prácticas. Por lo tanto, el posdesarrollo no ofrece ideas de un próximo desarrollo, sino que el prefijo “post” se usa en asociación a los postestructuralistas franceses (especialmente Foucault).<sup>9</sup> Tampoco tiene relación ni con el estructuralismo económico de Raúl Prebisch, ni con el neoestructuralismo latinoamericano.

---

9 Desde la mirada foucaultiana, la categoría ideología se disuelve en la del discurso, en el sentido amplio que se le otorga, y que opera en un entramado de poder.

Este cuestionamiento radical sirve para abordar las bases ideológicas del desarrollo, pero no está obligado a proponer “otro desarrollo”, sino que permite plantear interrogantes allí donde otras posturas no son capaces de hacerlo, y con ello se abren las puertas a nuevos tipos de alternativas. Esta perspectiva permitió discutir un amplio abanico de cuestiones, tales como las metas del desarrollo, los programas de ayuda, la planificación del desarrollo, la institucionalidad que lo sostiene (desde las cátedras universitarias a los programas de asistencia al desarrollo del Banco Mundial), el papel de los expertos y técnicos, la generación de posturas y saberes etiquetados como válidos y objetivos, y los mecanismos de exclusión de otros saberes y sensibilidades (Rahnema, 1997).

Esto hace que sea necesario distinguir entre los “desarrollos alternativos” de las “alternativas *al* desarrollo”. El primer caso sirve para las distintas opciones de rectificación, reparación o modificación del desarrollo contemporáneo, donde se aceptan sus bases conceptuales, tales como el crecimiento perpetuo o la apropiación de la Naturaleza, y la discusión se enfoca en la instrumentalización de ese proceso. En cambio, las “alternativas *al* desarrollo” apuntan a generar otros marcos conceptuales a esa base ideológica. Es explorar otros ordenamientos sociales, económicos y políticos de lo que veníamos llamando desarrollo.

Al aplicarse la deconstrucción del posdesarrollo se generan tensiones muy fuertes con ideas usualmente dadas como válidas, o parte del “sentido común” del desarrollo. Esto determina que existan resistencias en asumir los cuestionamientos del posdesarrollo en toda su profundidad, y por lo tanto en algunos casos se cae en usos ligeros (como aprovechar el prefijo “post” para referirse a una versión futura del desarrollo).

Tampoco es una cuestión menor que el posdesarrollo permite avanzar en una crítica a fundamentos que se encuentran tanto en la tradición liberal y conservadora, como también en la socia-

lista (en especial la marxista). Este es un aspecto importante en el actual contexto latinoamericano, y en especial por la circunstancia de contar con varios gobiernos progresistas que a su vez son apoyados por amplios sectores de la sociedad, desde donde aún se reproduce la ideología del progreso. La tradición clásica del socialismo acompaña algunos cuestionamientos del posdesarrollo al capitalismo, pero se aparta en otros ámbitos, ya que sigue creyendo en cuestiones como la linealidad de la historia o la manipulación de la Naturaleza. Es cierto que hay ciertas revisiones en ese terreno, pero algunas de ellas introducen cambios tan sustanciales (como es el caso de algunos ecosocialismos), que es necesario interrogarse si el resultado final puede seguir siendo denominado socialismo.

Existen semejanzas entre el posdesarrollo y la corriente conocida como decrecimiento, en aquellos casos donde ésta última es presentada como un slogan político para denunciar el desarrollo (Latouche, 2009). Pero su alcance en América Latina es discutible.

El posdesarrollo muestra, en cambio, fuertes cercanías con las críticas de algunos pueblos indígenas, ya que sus racionalidades no están insertas en la ideología del progreso. A su vez, esos saberes se convierten en fuentes privilegiadas para construir alternativas al desarrollo.

Este tipo de debate ha permitido dejar en claro que los ensayos de desarrollos alternativos son insuficientes para resolver los actuales problemas sociales y ambientales, tanto en su escala local como global. Los intentos de resoluciones instrumentales y ajustes dentro la ideología del progreso se consideran insuficientes, ya que no resuelven los problemas de fondo, y tan solo son rectificaciones parciales, de corto plazo y dudosa efectividad. Por lo tanto, en el contexto latinoamericano, las alternativas necesariamente deben ser “alternativas al desarrollo”.

## **El cuestionamiento al desarrollo como crítica a la Modernidad**

Una vez precisado el campo del posdesarrollo es posible dar un paso adicional. En efecto, los cuestionamientos al desarrollo implican avanzar sobre la ideología del desarrollo, y esto a su vez, obliga a abordar el programa de la Modernidad. Desde allí surgió la idea del progreso, y éste a su vez se ha configurado en desarrollo. Por lo tanto, la exploración de cualquier alternativa requiere atender el programa de la Modernidad.

Se asume aquí una definición amplia de la condición “moderna”, que parte de entender que existe un modelo a universalizar (por lo tanto, dividiendo las culturas entre modernas y no modernas), y que éste está representado por la cultura europea. Es una postura apegada a un régimen de saberes cartesianos (de donde se determina lo verdadero/falso, y se excluyen otros saberes); su postura ética restringe las valoraciones al ámbito de los humanos y enfatiza distintas formas de utilitarismo, concibe la historia como un proceso temporalmente lineal –de progreso desde condiciones pasadas de atraso a un futuro mejor– y enfatiza el dualismo que separa sociedad de Naturaleza.<sup>10</sup>

Los elementos vertebrales de la Modernidad están presentes en todas las ideas del desarrollo, incluyendo las vertientes ibéricas que también se generaron y potenciaron en América Latina. Se hibridizaron posturas propias del positivismo, la filosofía de Herbert Spencer o Auguste Comte, entre otros, con el talante verticalista y autoritario ibérico (Burns, 1990). Esas amalgamas tuvieron efectos muy dramáticos en América Latina, especialmente en el siglo XIX, ya que la idea del progreso y la cultura eurocéntrica

---

10 Esta conceptualización es una definición de trabajo para la presente revisión de este texto. Se reconoce que el vocablo “modernidad” recibe diversos significados (del Río, 1997), y que ésta puede adquirir distintas formas específicas en distintos países.



reforzó la herencia colonial de apropiación de enormes espacios territoriales para extraer sus recursos, junto con la dominación de pueblos indígenas. En aquellos años, la tarea del progreso era “civilizar” tanto a los “salvajes” como a las áreas silvestres. Esas ideas se repiten incluso hoy, cuando gobernantes tan distintos como Rafael Correa o Alan García, califican a los indígenas de manera similar, como “atrasados” que “impiden el desarrollo”.

Esta Modernidad se gestó tanto en Europa continental como en las Américas, implantándose en nuestro continente bajo una condición de colonialidad. Esa problemática ha sido abordada por las corrientes de la colonialidad del poder y la colonialidad del saber, las que señalan la imposición de ciertas ideas sobre qué es una sociedad, la historia, el conocimiento y con ello, sobre el desarrollo. Es un proceso anclado en relaciones de poder por el cual se difunden y estructuran formas de entender el mundo, las que son defendidas no solo como superiores, sino como las únicas válidas, mientras otras son excluidas.<sup>11</sup> Bajo esa dinámica, las ideas del progreso se fusionaron con toda naturalidad con el pensamiento económico convencional, condicionando todas las perspectivas latinoamericanas.

De esta manera, los cuestionamientos al desarrollo o a la ideología del progreso, implican poner en discusión a la propia Modernidad (Escobar, 2005). A su vez, las alternativas al desarrollo también deben ser alternativas a la Modernidad occidental. Un sendero para avanzar en ese camino aprovecha posturas marginales o subordinadas dentro de la propia tradición occidental. Desde el contexto latinoamericano es necesario mencionar dos de ellas: el ambientalismo radical biocéntrico, donde se reconocen valores propios en la Naturaleza, con lo cual se rompe con

---

11 Entre los principales promotores de esta postura se encuentran el peruano Aníbal Quijano (2000) y el argentino Walter Mignolo (2007); véase también la excelente revisión de Restrepo y Rojas (2010).

la postura moderna que la considera solamente un conjunto de objetos al servicio del ser humano. Entre sus proponentes se destacan el trabajo del filósofo noruego Arne Næss (1985); el feminismo que defiende una ética alternativa, como es el caso de la economía del cuidado; y el aporte de los pueblos indígenas.

Los ejemplos presentados más arriba corresponden a cosmovisiones que son distintas a las eurocéntricas, donde no existen conceptos como progreso o desarrollo. La diversidad desde esos otros saberes es muy grande, y escapa a las posibilidades de la presente revisión, pero es necesario tenerlas presentes.

### **Una clasificación provisoria**

Una vez completado un recorrido que partió de las actuales discusiones sobre el desarrollo, para pasar a la ideología del progreso y de allí a la Modernidad, es ahora posible arribar a una propuesta de clasificación de las discusiones latinoamericanas. El criterio para la división es heterodoxo, y parte de aplicar los cuestionamientos del posdesarrollo (y de otras posturas superpuestas a los efectos de la presente revisión, como son el decrecimiento o la decolonialidad).

Atendiendo ese criterio, por un lado se encontrarán las alternativas que aceptan las premisas básicas del desarrollo como manifestación del progreso, aunque entre ellas existen posturas muy distintas sobre cómo avanzar. Éstas serían los “desarrollos alternativos”. Por otro lado se ubican las propuestas que intentan romper con las ideas comúnmente aceptadas del desarrollo como crecimiento o progreso, y por lo tanto defienden “alternativas al desarrollo”. La Tabla 1 resume esta clasificación.

**Tabla 1**  
**Clasificación provisoria**  
**de desarrollos alternativos y alternativas al desarrollo**

Se ofrecen referencias a las principales tendencias como ejemplos destacados

A) Alternativas dentro de la ideología del progreso y la modernidad	
Alternativas instrumentales clásicas.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Reparación de los efectos negativos (e.g. reformismo socialdemócrata, “tercera vía”), desarrollo nacional popular, nuevo desarrollismo, neoextractivismo progresista.</li> </ul>
Alternativas enfocadas en las estructuras y los procesos económicos y el papel del capital.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Alternativas socialistas, estructuralismo temprano, marxistas y neomarxistas, dependentistas, neoestructuralismo, varios exponentes del socialismo del siglo XXI.</li> </ul>
Alternativas enfocadas en la dimensión social.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Límites sociales del crecimiento, desacople economía/desarrollo, énfasis en empleo y pobreza.</li> <li>• Desarrollo endógeno, desarrollo humano, desarrollo a escala humana.</li> <li>• Otras economías (doméstica, informales, campesina, indígena), multiculturalismo liberal.</li> </ul>
Alternativas que reaccionan a los impactos ambientales.	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Ecodesarrollo, sustentabilidad débil y parte de la sustentabilidad fuerte.</li> </ul>
B) Alternativas más allá del progreso y de la modernidad	
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Convivencialidad.</li> <li>• Desarrollo sustentable superfuerte, biocéntricos, ecología profunda.</li> <li>• Crítica feminista, economía del cuidado.</li> <li>• Desmaterialización de las economías, decrecimiento (en parte).</li> <li>• Interculturalismo, pluralismo, ontologías relacionales, ciudadanías expandidas.</li> <li>• Buen vivir (algunas manifestaciones).</li> </ul>	

Elaboración propia.

El primer gran conjunto de “desarrollos alternativos” expresa las discusiones que se dan entre las grandes corrientes de pensamiento contemporáneas, especialmente el liberalismo, conserva-

durismo y socialismo. Las alternativas, en este caso, se enfocan en cuestiones tales como el papel del Estado en el desarrollo, las formas de intervención (o no) en el mercado, las ideas sobre la justicia, las formas de lidiar con la pobreza, etc. No son discusiones menores, pero el punto que se desea subrayar aquí es que todas ellas de una manera u otra dan por sentado que el desarrollo es un proceso esencialmente lineal, una forma de progreso logrado por medio de la acumulación material. O sea, que todas ellas persisten dentro del programa de la Modernidad.

El segundo conjunto corresponde a las “alternativas al desarrollo”. Aquí se ubican algunos de los primeros intentos en ese sentido, destacándose la reflexión de Iván Illich realizada desde México en la década de 1970, ejemplificada en la propuesta de la convivencialidad.<sup>12</sup> Se suman las posturas radicales del ambientalismo que no acepta la pretensión del crecimiento permanente de la economía neoclásica y defiende los valores intrínsecos en la Naturaleza. Éstas incluyen el llamado desarrollo sostenible superfuerte<sup>13</sup>, el biocentrismo<sup>14</sup> y la ecología profunda, en el sentido de

---

12 Convivencialidad se entiende como lo inverso de la productividad industrial. La relación industrial es reflejo condicionado, una respuesta estereotipada del individuo a los mensajes emitidos por otro usuario a quien jamás conocerá a no ser por un medio artificial que jamás comprenderá. La relación convivencial, en cambio, es acción de personas que participan en la creación de la vida social. Trasladarse de la productividad a la convivencialidad es sustituir un valor técnico por un valor ético, un valor material por un valor realizado (Illich, 2006).

13 Corriente del desarrollo sostenible o sustentable que se caracteriza por rechazar el reduccionismo del capital a la Naturaleza, y usar en su lugar la categoría patrimonio. Sostiene que las valoraciones sobre el ambiente son múltiples, acepta los valores propios, y su abordaje es participativo, entre otros aspectos.

14 Postura defendida por la ecología profunda basada en los valores propios en la Naturaleza, y la vida como un valor en sí mismo.

Næss (1989).<sup>15</sup> Estos componentes son defendidos desde algunos movimientos sociales, y han logrado incluirse en la nueva Constitución de Ecuador, por ejemplo, bajo la figura de los derechos de la Naturaleza.

Otros aportes importantes provienen del feminismo que, entre otras cosas, cuestionó la ordenación patriarcal de la sociedad, y advirtió que las estrategias de desarrollo reproducían y consolidaban esas asimetrías y jerarquías (Saunders, 2002). También se encuentran en este caso algunas de las propuestas de desmaterialización de las economías (reducción de sus niveles de consumo de materia y energía), cuando van acompañadas de cambios en los patrones de consumo y estilos de vida. Este es un conjunto más diverso que incluye algunos de los aportes del movimiento del decrecimiento, de la justicia ambiental, etc. (Sachs y Santarius, 2007).

Obsérvese que estos casos representan distintos niveles de distanciamiento del programa de la Modernidad (moderado en el caso del decrecimiento y la desmaterialización; más evidente en el biocentrismo). De todos modos se mantienen aspectos comunes, como por ejemplo, el acuerdo en apostar a otra ética, que no sea instrumental ni utilitarista.

Finalmente, otros aportes provienen de recuperar algunas de las posturas y cosmovisiones de los pueblos indígenas. Esto no es posible desde un multiculturalismo clásico, ya que se deben atender las advertencias decoloniales señaladas arriba, y por lo tanto se apela a una postura intercultural.

Estos diferentes abordajes han llevado a reconocer que la Modernidad expresa un tipo particular de ontología, una manera de ser y entender el mundo, que separa nítidamente la sociedad de la Naturaleza, y que la subordina bajo una jerarquía que permite

---

15 Corriente de pensamiento y militancia ambiental promovida por A. Næss (1989).

manipularla y destruirla. Por lo tanto, las corrientes más recientes sostienen que es necesario apartarse de la ontología eurocéntrica para poder construir otras alternativas. En este momento ese interés apunta a rescatar lo que se han dado en llamar “ontologías relacionales” donde no existe la dualidad propia de la Modernidad, y elementos de lo que convencionalmente se denomina Naturaleza, como agencia, status moral y expresión política. A su vez, elementos sociales pasan a estar dentro del campo que el saber occidental califica como ambiente (Blaser y de la Cadena, 2009). Ontologías relacionales de ese tipo se encuentran en varios pueblos indígenas latinoamericanos, y éstas explican las razones por las cuales no es posible seguir ideas análogas al progreso basado en la apropiación de la Naturaleza.

Estos y otros aportes se han organizado y coordinado recientemente bajo el nombre del “buen vivir”, como alternativa a la idea del desarrollo. Esta es una corriente muy vital, que tiene la ventaja de abandonar el uso de la palabra desarrollo, y ofrece enormes potenciales hacia el futuro (Acosta, 2008; Gudynas, 2011b). Se aparta de las visiones clásicas del desarrollo como crecimiento económico perpetuo, el progreso lineal, y el antropocentrismo; para enfocarse en el bienestar de las personas, en un sentido ampliado a sus afectividades y creencias. El rompimiento con el antropocentrismo permite reconocer valores intrínsecos en el ambiente, disolver la dualidad sociedad/Naturaleza y reconfigurar las comunidades de agentes políticos y morales.

El buen vivir es una expresión que debe mucho a los saberes tradicionales, especialmente andinos. Sus referentes más conocidos son el *sumak kawsay* del kichwa ecuatoriano, y el *suma qamaña* del aymara boliviano. Pero no está restringido a ellos, y posturas similares se encuentran en otros pueblos indígenas, y algunas son de reciente configuración. Pero también se nutre de los aportes desde las tradiciones críticas y contestatarias de los

márgenes de la Modernidad, como el ecologismo biocéntrico y el feminismo.

El caso es que el buen vivir se puede reinterpretar como una “plataforma” política, a la cual se llega desde diferentes tradiciones, posturas diversas y específicas, y allí donde se comparte la crítica sustantiva al desarrollo como ideología, se exploran alternativas a éste. De esta manera, el buen vivir es un conjunto de ensayos para construir otros ordenamientos sociales y económicos más allá de los cercos impuestos por la Modernidad.

### **Un balance provisorio**

Un balance provisorio sobre los debates acerca del desarrollo es altamente positivo. La cuestión del desarrollo vuelve a estar en el centro de muchas discusiones, reaparece en los espacios académicos, y los movimientos sociales, en especial aquellos en países con gobiernos progresistas que han recuperado su independencia crítica. Se concretan articulaciones entre los campos académico y militante para abordar estas cuestiones, y el aporte de los saberes indígenas abona una intensa renovación.<sup>16</sup>

La discusión sobre las alternativas no es un asunto menor, sino que se ha potenciado, y un ejemplo de ello es la exploración del postextractivismo, particularmente en Ecuador y Perú. Es cierto que el desarrollo convencional sigue presente, moribundo en unos casos, renaciendo en otros, pero muchos debates ya no se enfocan en la validez de un horizonte alternativo, sino que esa necesidad es aceptada, y la cuestión es determinar si los cambios estarán en los desarrollos alternativos o bajo alternativas al desarrollo.

Los contenidos de estas discusiones incluyen problemáticas de vieja data, como pueden ser el papel del Estado o del mercado,

---

16 Un ejemplo es la conformación de la Alianza Latinoamericana de Estudios Críticos sobre el Desarrollo. Véase <<http://www.otrodesarrollo.com>>.

junto a otras nuevas, tales como las ontologías relacionales o las ciudadanías expandidas. Incluso, cuestiones tradicionales como los roles del Estado o el mercado, son ahora abordados con nuevas miradas. Allí surge, por ejemplo, el rescate de la diversidad de mercados presentes en la región y que contienen otras lógicas, como los de la reciprocidad o el trueque.

Emerge una clara tendencia donde cualquier alternativa entiende que el desarrollo no puede estar restringido al crecimiento económico, y las metas enfocadas en la calidad de vida y la protección de la Naturaleza se vuelven centrales. El bienestar no queda atado a un plano material o individual, sino que incorpora la dimensión colectiva y espiritual, pero también ecológica.

Las alternativas requieren profundas modificaciones en las relaciones con la Naturaleza. El futuro cercano será uno de escasez y austeridad, y por lo tanto, se debe asegurar la calidad de vida dentro de opciones mucho más estrechas en su apropiación. La protección de la biodiversidad pasa a ser fundamentada desde otra postura ética, al reconocérsele derechos propios. Alternativas en esa dirección son biocéntricas y recalcan en disolver la dualidad sociedad/Naturaleza propia de la Modernidad europea.

En el campo de la ética se juegan intensos debates, ya que varias alternativas interpelan las formas de valoración convencional, basadas en asignar valores por el uso o el cambio (o sea, por el precio). Esto implica por un lado, una necesaria renovación de la economía, y por otro, aceptar que existen otras formas de valoración más allá de ese utilitarismo, e incluso reconocer valores (y por lo tanto, derechos) intrínsecos en la Naturaleza.

Paralelamente, las alternativas se apartan de distintas maneras de la pretensión de la ciencia y técnica occidental de solucionar todos los problemas, y de explicar todas las situaciones. Se abandonan las racionalidades manipuladoras y utilitaristas, y se reconoce la incertidumbre y el riesgo.



El debate sobre las alternativas siempre ha prestado mucha atención a los actores políticos, sus dinámicas y su institucionalidad. La renovación en los debates genera nuevas maneras de atender estas cuestiones que van desde el papel protagónico asignado a actores antes subordinados (campesinos, indígenas, pobres urbanos, mujeres, etc.), como la necesaria redefinición de conceptos como ciudadanía o justicia.

Estos y otros factores colocan en un lugar central de atención la recuperación de los saberes, y en particular aquellos de los pueblos indígenas latinoamericanos. Las alternativas, sea cuales sean, no pueden hacerse desde un monólogo cultural, sino que necesariamente debe ser un intercambio intercultural. De la misma manera, debe tener una mirada de género, y ésta no puede ser concebida como una mera concesión instrumental.

Estos atributos son los que dejan sin sentido la idea de un desarrollo convencional basado en el utilitarismo, la manipulación, usurpación y separación de la Naturaleza. De una manera o de otra, todas ellas rompen con la ideología del progreso, y por lo tanto nos ubican en terrenos que están más allá de la Modernidad. Sin duda que esa transición no es sencilla, ni significa romper con elementos del pasado que son valiosos, pero muestran una direccionalidad en las transformaciones. El caso del buen vivir ejemplifica la vitalidad y potencialidad de esos ensayos.

Desde esas perspectivas, las categorías políticas tradicionales, tales como el liberalismo, conservadurismo y socialismo, son insuficientes para permitir las alternativas al desarrollo. En otras palabras, los nuevos cambios deberán ser tanto poscapitalistas como postsocialistas, en tanto rompen con la ideología del progreso.

## Bibliografía

- Acosta, Alberto. "El Buen Vivir, una oportunidad por construir". *Ecuador Debate*, Quito, 75: 33-47, 2008.
- Arndt, H.W. *Economic development. The history of an idea*. University Chicago Press, Chicago, 1987.
- Blaser, Mario y Marisol de la Cadena. "Introducción". *World Anthropologies Network WAN*, 4: 3-9, 2009.
- Bresser Pereira, Luiz C. *Macroeconomia da estagnação*. Editora 34, São Paulo, 2007.
- Borón, Atilio. *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2008.
- Burns, E. Bradford. *La pobreza del progreso*. Siglo XXI, México DF, 1990.
- Bustelo, Pablo. *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*. Síntesis, Madrid, 1999.
- Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Siglo XXI, México, 1969.
- Carrasco, C. "La economía feminista: una apuesta por otra economía". En: M.J. Vara, coord., *Estudios sobre Género y Economía*. Akal, Madrid, 2006.
- CDMAALC (Comisión de desarrollo y medio ambiente de América Latina y el Caribe). *Nuestra propia agenda*. Banco Interamericano de Desarrollo y PNUD, Washington, 1990.
- CMMAD (Comisión Mundial Medio Ambiente y Desarrollo). *Nuestro futuro común*. Alianza, Madrid, 1988.
- Daly, Herman y JohnB. Cobb Jr. *Para el bien común*. Fondo Cultura Económica, México, 1993.
- Del Río, Eugenio. *Modernidad, posmodernidad (Cuadernos de trabajo)*. Talasa, Madrid, 1997.
- Dieterich S., H. *El socialismo del siglo XXI*. México, 2008.
- Duhagon, E. "Economía feminista y nuevo paradigma de desarrollo". *Cuadernos Ocasionales Social Watch*, 2010.
- Eagleton, Terry. *Ideology. An introduction*. Verso, Londres, 1991.
- Escobar, Arturo. "Imaging a post-development era?: critical thought, development and social movements". *Social Text* 31/32: 20-56, 1992.
- Escobar, Arturo. "El "postdesarrollo" como concepto y práctica social". En D. Matto, coord. *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Facultad Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central Venezuela, Caracas, 2005.

- Esteva, Gustavo. "Development", En W. Sachs, ed, *The development dictionary*. Zed Books, Londres, 1992.
- Furtado, Celso. *Desarrollo y subdesarrollo*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964.
- Furtado, Celso. *El desarrollo económico: un mito*. México: Siglo XXI, 1975.
- Galbraith, J. K. 1992. *La sociedad opulenta*. Planeta, Barcelona.
- Galtung, J. 1985. *Towards a new economics: on the theory and practice of self-reliance*. Université Nouvelle Transnationale, Paris.
- Gudynas, Eduardo. "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual". En *Extractivismo, política y sociedad*. CAAP y CLAES, Quito, 2009.
- Gudynas, Eduardo. "La ecología política de la crisis global y los límites del capitalismo benévolo". *Íconos*, Quito, 36: 53-67, 2010.
- Gudynas, Eduardo. "Buen Vivir: germinando alternativas al desarrollo". *América Latina en Movimiento* 462: 1-20, 2011.
- Gonder Frank, André. *Capitalismo y desarrollo en América Latina*. Siglo XXI, México, 1970.
- UICN, PNUMA y WWF. *Estrategia mundial de la conservación*. Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, PNUMA y WWF, Gland, 1981.
- UICN, PNUMA y WWF. *Cuidar la Tierra. Estrategia para el futuro de la Vida*. Unión Internacional para la Naturaleza, PNUMA y WWF, Gland, 1991.
- Herrera, A.O. (coord.). *¿Catástrofe o nueva sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano*. IIED e IDRC, Buenos Aires, 2da edición, 2004.
- Hirsch, Fred. 1984. *Los límites sociales al crecimiento*. Fondo Cultura Económica, México.
- Illich, Iván. "La Convivencialidad". En *Iván Illich. Obras reunidas*. Fondo Cultura Económica, México, 2006.
- Latouche, Serge. *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Icaria, Barcelona, 2009. Lewis, W. Arthur. *Teoría del desarrollo económico*. Fondo Cultura Económica, Bogotá, 1976.
- Lipietz, Alain. *Elegir la audacia. Una alternativa para el siglo XXI*. Trotta, Madrid, 1997.
- Max-Neef, Manfred A. (en colaboración con A. Elizalde y M. Hopenhayn). *Desarrollo a escala humana. Conceptos*,

- aplicaciones y algunas reflexiones*. Nordan e Icaria, Barcelona, 1994.
- Meadows, D.H.; D.L. Meadows; J. Randers y W. W. Behrens III. *Los límites del crecimiento*. Fondo Cultura Económica, México, 1972.
- Merchant, C. *The death of Nature. Women, ecology and the scientific revolution*. Harper, New York, 1989.
- Mignolo, Walter. “El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto”. En S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel, comps., *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre, Universidad Central y Universidad Javeriana, Bogotá, 2007.
- Mishan, E.J. *Los costes del desarrollo económico*. Orbis, Barcelona, 1983.
- Monedero, J.C. Los socialismos del siglo XXI: reinventar la teoría política a la luz de la práctica revolucionaria, En G. Ayala Crus, comp. *Volver al futuro. La búsqueda de un socialismo latinoamericano*. La Tierra, Quito, 2008.
- Naess, Arne. *Ecology, community and lifestyle*. Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
- Nisbet, Robert. *Historia de la idea de progreso*. GEDISA, Barcelona, 1980.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En E. Lander, comp. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. UNESCO y CLACSO, Buenos Aires, 2000.
- Rahnema, Majid, editor. *The post-development reader*. Zed Books, Londres, 1997. .
- Restrepo, Eduardo y Axel Rojas. *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Universidad Javeriana y Universidad del Cauca, Popayán, 2010.
- Rist, Gilbert. *The history of development. From Western origins to global faith*. Zed Books, Londres, 2004.
- Rodríguez, Octavio. *El estructuralismo latinoamericano*. CEPAL y Siglo XXI, México, 2006.
- Rostow, Walter W. *Las etapas del crecimiento económico*. Fondo Cultura Económica, México, 1961.
- Sachs, Wolfgang ed. *The development dictionary*. Zed Books, Londres, 1992.

- Sachs, W. y T. Santarius (dirs.). *Un futuro justo. Recursos limitados y justicia global*. Icaria e Intermón Oxfam, Barcelona, 2007.
- Saunders, Kriemild, ed. *Feminist post-development thought*. Zed Books, Londres, 2002.
- Tortosa, José María. *Maldesarrollo y Mal Vivir. Pobreza y violencia a escala mundial*. AbyaYala, Quito, 2011.
- Unceta S., Koldo. “Desarrollo, subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo. Una mirada transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones”. *Carta Latinoamericana*, CLAES, No 7: 1-34, 2009. (<http://www.cartalatinoamericana.com>)

pp 21-53, En "Más allá del desarrollo",  
Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo.  
Miriam Lang y Dunia Mokrani, editoras.  
Fundación Rosa Luxemburgo y AbyaYala, Quito, 2011.  
Se anexa la bibliografía del capítulo